

REVISTA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Conde Aranda, 7 SE PUBLICA LOS DIAS 5, 12, 20 Y 28 DE CADA MES TALLERES: Plaza de la Constitución

PRECIOS: Número suelto 0'20. — Por suscripción, 0'75 al mes. — España, 2'75 trimestre. — Extranjero, 13'50 al año.

AÑO II



AGUILAS 28 DE SEPTIEMBRE DE 1928



NÚM. 60

Consternación

Enorme es la causada en toda España, originada por la horrorosa catástrofe del teatro Novedades de Madrid, destruido por un danés incendio acaecido en la noche del domingo último y en ocasión de estar lleno de público, que presenciaba el espectáculo en el desaparecido coliseo.

Los relatos publicados por la prensa diaria han conmovido el alma nacional, constituyendo el tema obligado de todas las conversaciones, participes todos del mismo dolor y exponiendo cada uno su juicio, sobre la forma o modo de poder evitar estas dolorosísimas desgracias, apuntando como causas originarias de que se produzca, la falta de previsión y la tolerancia por parte de las personas encargadas del examen y vigilancia de los edificios destinados a espectáculos públicos.

Nosotros también participamos de este criterio, del exceso de confianza por parte de unos y otros, imprudencia temeraria que tan funestas consecuencias producen, y de la que nos acordamos y lamentamos después de consumada la espantosa tragedia.

El que en un siniestro, como el del Novedades, se produzca tan crecidísimo número de víctimas es causa de la falta de educación cívica del público que no sabe mantenerse con la serenidad que la prudencia aconseja ante el peligro, y esta falta de la necesaria presencia de ánimo, es problema a resolver en las escuelas, inculcándoles a los niños con la debida preparación como deben comportarse frente a todos los peligros. Si en el incendio del Novedades, se hubiese impuesto la galantería, cediendo el paso los fuertes a los débiles, es posible que no hubiese habido que lamentar desgracias alguna entre las personas, pero quiso imponerse la enloquecida fuerza bruta, e hizo gigantesca la absurda tragedia.

Lección durísima que debe servir a todos a fin de poner, cada uno lo que corresponda de su parte y hacer imposible la repetición de una catástrofe, como la presente, que lamentamos todos los españoles, pensando que no ha debido ocurrir.

Cuando estamos escribiendo las precedentes líneas, llega a nosotros el rumor de otra catástrofe nacional, que a los aguilenses nos toca más de cerca.

Las primeras noticias, son gran número de telegramas de Melilla, acusando estar sin novedad quienes los remiten. Después por la radio nos enteramos de que había hecho explosión el polvorín situado en Cabrerizas Bajas, y que existían más de cuarenta muertos. Aun no repuestos de la sensación sufrida por la tragedia de Madrid, recibimos la no menos dolorosa de Melilla, donde tantos amigos y paisanos nuestros tienen su residencia suponiendo que muchos de ellos, hayan sido víctimas de la formidable explosión del polvorín de Cabrerizas Bajas.

La ansiedad que ayer se tuvo esperando la prensa diaria, para informarnos de lo ocurrido fué enorme sin haber cesado de funcionar el telégrafo recibiendo despachos de Melilla, y transmitiendo de ésta para los aguilenses allí residentes, de los que se van conociendo algunos heridos.

Entre los familiares de los residentes allí en la población africana, se están desarrollando escenas de dolor. Melilla, a su historia de ríos de sangre española generosamente derramada en su suelo, tiene hoy que agregar la vertida por esta insospechada catástrofe, que ha dejado sin vida, sin hogar y mal heridos a tantos compatriotas nuestros.

El mes de Septiembre, siempre fué para la Historia de España, propenso a convulsiones unas beneficiosas y otras nefastas, pero jamás de catástrofes como las de Madrid y Melilla, que no han obedecido a la voluntad de nadie.

Nosotros sentimos con el alma estas horrosas desgracias nacionales, doliéndonos como nuestras.

«Aguilas» se asocia al duelo nacional.

INSTANTANEAS

El abuelo de entonces y el de ahora :- Escenas de café ¿Es buen partido? :- El libro de Pérez :- ¡Que sea enhorabuena.

Pintamos el recuerdo, a punto ya de revestirse en leyenda, la venerable figura del Abuelo, empotrado en patriarcal sillón, colocado en sitio preferente de la casa, rodeado de las infantiles caricias de los nietos, y los cuidados anhelosos de los amantes hijos.

El peso de los años lo ha convertido en una masa inerte, toda su actividad se desenvuelve en arrastrar los pasos vacilantes desde la silla

al lecho, apoyándose en los amorosos brazos de los suyos.

Es ya solamente una carga pesada, un lastre estorboso; él lo sabe y lo reconoce entristecido pero le conforta a conservar su precaria existencia, los cariñosos desvelos de que lo rodean un montón de gente que estiman al viejo con el respeto religioso que si se tratara de una reliquia venerada.

Tal es la leyenda.

Ahora la realidad es de manera bien distinta.

El pobre anciano, ya en el hogar no ocupa el sitio preferente.

A las caricias que antes refrescaban su alma cual gotas de rocío, ha sucedido la cruel indiferencia de que está rodeado.

Cuando tose molesta, asquea cuando escupe, le tasan el tabaco, y el vaso donde bebe, el cubierto que usa, los platos donde come están señalados y prudentemente conocidos, por la «cuchara del Abuelo», «el jarro del Abuelo», «los platos del Abuelo».

A las medrosas preguntas que balvuciente se atreve a dirigir, le responden airados monosílabos.

No siempre hay una mano amiga con que apoyarse para andar la distancia desde el colchón a la silla, desvencijada, y el desgraciado viejo pide la muerte como se pide una merced, mientras que en torno suyo se escucha frecuentemente esta plegaria: ¡Dios mío, haced la caridad de recogerlo!

* *

Estamos entre las mesas de un café. El nuevo parroquiano discurre por el lado de un condiscipulo suyo amigo de la infancia, que ha sido rico, pero que hoy entretiene los vértigos del hambre, ocupando un diván al acecho de una taza del líquido más o menos moka.

«Siéntate», dice al recién llegado, soñando en su generosidad de treinta céntimos. Gracias chico; voy muy de prisa. Y el de la prisa se sienta en la mesa inmediata haciendo contorsiones y zalemas, a los contertulios de un corro donde perora sobre moralidad cierto individuo que luce brillantes, repartiendo habanos y que está anotado como «timador y carterista». ¿Sabéis que se casa fulano? ¿Con quien? ¿Es buen partido? ¡Ni que decir tiene! ¿Fulano es muy discreto! No así el calavera de Mengano; ¡casarse con la criada por gratitud de que asistió a su madre en una enfermedad contagiosa! Nadie pregunta si la elegida es una flor o una espina, y los concurrentes con igual interés que si llevaran parte en el negocio avizoran la cuantía de sus bienes, o las probabilidades de una herencia.

* *

